

Ambos, madre e hijo, avanzaban en el pequeño barco rumbo a la costa. Era mediodía y se habían pasado toda la mañana recogiendo el arte y el pescado resultante de su pesca con trasmallo.

Había sido una jornada dura, como lo fueron todas las anteriores, y ahora el joven de hombros anchos y manos acorchadas guiaba el barquito que casi tenía más años que la mujer que se encontraba sentada devolviendo algunos peces al agua en su avance.

Aquel barco, con un motor diesel instalado hacía menos de tres años, se manejaba sobre las olas como lo haría un ciclista por el tráfico de Shanghái. Aunque de menos de quince metros de eslora, su construcción era sólida siendo su vieja pintura la única que le daba un aspecto desvencijado rizándose aquí y allá donde el agua o las manos de sus tripulantes no la acababan de arrancar. Una corta chimenea pintada de negro asomaba en su popa con dos finos cinturones pintados de rojo en ella. Junto a esta chimenea que ya no se usaba, se encontraba el discreto castillo en el que había el timón. El timón era sujeto por las manos del joven, como bien hemos dicho, y frente a él, más allá del vidrio que lo separaba de la cubierta, se encontraba su madre.

Si el barco había pasado por tormentas y por inclemencias, aquella mujer de piel apretada y rostro enjuto no había pasado por menos. Sin embargo, al igual que la pequeña embarcación, el aspecto de la mujer no era más que una fachada. Bajo sus arrugas marcadas por la sal y sus manos ásperas por los cabos, se encontraba una persona fuerte, impulsiva y valiente. Una persona que igual de buena era arrancando la pesca al mar que meciendo a un niño en sus brazos. No vamos a decir su edad porque se había ganado el derecho a no hacerlo, de forma que confórmese el lector con saber que el hijo que comandaba el barco no tenía menos de veintitrés años.

Sentada sobre un pequeño banco anclado a la propia cubierta, la mujer se encontraba enfundada en un chubasquero azul relativamente nuevo, regalo de su hijo, y sus manos y ojos examinaban con paciencia el pescado que boqueaba a sus pies. De vez en cuando cogía uno de aquellos y lo devolvía al mar, ya fuera por tamaño, por tipo o por capricho. Aquella era una tarea que repetía todos los días independientemente del tiempo, independientemente de su salud, y aunque tenía que fijarse en lo que hacía se permitía pensar en otras cosas.

En concreto sus pensamientos se desviaban a sus nietos y así lo revelaba una sonrisa apenas perceptible en su rostro cubierto en parte por el chubasquero. Pensaba en el cuento que les contaría cuando volviera con ellos y cómo lo contaría. Tenía aquella costumbre desde que sus hijos tuvieron la edad de sus nietos y ella de una edad parecida a la de su hijo. El día anterior el cuento trató sobre una sirena muda haciéndoles reír con sus gestos. El de antes hablaba de cómo un dragón luchaba contra las nubes por volar más alto que ellas. Era una tarea agotadora después de un duro día, pero que ella agradecía, el obligarse a contarles un cuento nuevo cada mediodía para verles sonreír, reír o incluso sobrecogerse.

Mientras su imaginación navegaba a destiempo con el barco, el viento soplaba a su alrededor una y otra vez, hasta que finalmente su capucha cedió a sus cambios incesantes cayendo hacía atrás. Sus ojos se apartaron del pescado con intención de volver a ellos casi inmediatamente, pero en lugar de aquello se quedaron hipnotizados, prendados, de la espuma bailando sobre el agua revuelta. Y viendo cómo se alzaba con fuerza y caía dispersa en miles de gotas se le ocurrió la nueva historia.

Se vio a sí misma, cansada y agotada por el trabajo que se retomaría horas después, avanzando hacia su casa mientras su hijo acababa de amarrar el barco en el

pequeño muelle de su aldea. En cómo su nuera mantendría en brazos a uno de sus tres nietos en el marco de la puerta mientras los otros dos, después de bajar de un salto los pocos escalones que servían de entrada, avanzarían corriendo junto a ella para ayudarle con los aperos que arrastraría.

Casi podía sentir la mano de los pequeños cuando estos le tomarían la suya al subir los escalones una vez hubieran dejado apresuradamente todo lo que le habrían aligerado e, inmediatamente después, le instaban a sentarse junto a la mesa. Estando ella acomodada, y todavía con el chubasquero vestido, ellos se sentarían a su alrededor mientras su padre entraba en la pequeña casa cansado y con hambre, pero dispuesto a esperar unos minutos mientras su madre contaba un cuento.

El cuento de aquel día trataría sobre dos amantes. El impulsivo Viento y la caprichosa Mar. Dos amantes que se conocieron una noche con estrellas pero sin luna y en la cual se abrazaron y besaron con tanta fuerza que las estrellas temblaban en el cielo temiendo caer. Así fue cómo y cuándo se conocieron, y así fue cómo continuaron entregados a sus impulsos y caprichos el resto de aquellos días.

Pero al igual que las estrellas los hombres también temblaban, pues eran ellos los que tenían que batirse con las olas y con el viento cuando salían a faenar. Así como el Viento rugía y soplaba con fuerza, la Mar sacudía su blanca melena sobre veleros que zozobraban ahogados por el ímpetu de la pareja. Afortunadamente, aunque perdían los barcos, los marineros y algunos de sus bienes siempre eran devueltos a tierra con su familia permitiéndoles seguir con ellos.

Fue una noche sin estrellas en la que el ímpetu de la pareja alcanzó su mayor violencia al estar convencidos de que nadie les podría ver sin la luz de estas. Y nadie les

pudo ver, pero sí escuchar. Las olas crujían con fuerza al partirse tras caer desde decenas de metros de altura y el viento aullaba conducido por los canales que se formaban en el mar. Aquella noche los pescadores se escondieron en sus casas rezando para que aquella locura no les alcanzara y a ninguno se le ocurrió aventurarse para buscar la pesca.

Sin embargo hubo un pescador al que sorprendieron en su vuelta a casa. Era un joven apuesto y fuerte, de mirada intensa y voluntad férrea el que manejaba su pequeño barco por aquel mar enloquecido. Las olas lo levantaban y lo dejaban caer una y otra vez como si de un juguete se tratase, mientras que la espuma y el viento barrían en todas direcciones su cubierta. El pobre marinero apenas sabía dónde estaba y rezaba para sus adentros el poder volver a tocar tierra. Pero sin luz de ningún tipo, lo único que acertaba a hacer era agarrarse con fuerza a un caño cercano mientras que tan solo podía escuchar el rugir del viento y los gemidos del mar.

Así pasó él la noche en el mar. Y rezando también la pasó su mujer en tierra. Rezando por ver aparecer su pequeño barco elevado por alguna ola hasta la costa. Tanto era el deseo porque volviera su marido que fue la única persona a la que mojó el agua del mar en la costa aquella noche. Y mientras aguardaba sentada y la espuma se arrastraba por su pelo, se le ocurrían mil razones para que él volviera y ninguna para que se quedase en el mar.

Pasó la noche, y el mar y el viento continuaron su danza mientras las estrellas se negaban a aparecer. Y con la mujer todavía sentada frente a la costa el sol se alzó calmando con su sola mirada a la pareja. Así fue cómo el mar se convirtió en una suave alfombra que vibraba ligeramente y cómo el viento soplaba fresco sobre los rostros de los pescadores. Sin embargo, aunque mirando el mar, la mujer era incapaz de percibir

aquel alivio físico, pues era la angustia la que la abrumaba. La incertidumbre de dónde se encontraba su marido. La incertidumbre de cómo se encontraba.

Pasaron las horas y varias mujeres se sentaron junto a la desconsolada, acompañándola con su silencio, mientras ésta se daba cuenta a cada minuto que pasaba de que no iba a volver aquel hombre. Poco a poco, y antes de que llegara el mediodía, la mujer rompió en un amargo llanto. Dicen que lloró tanto y tan amargamente que sus lágrimas resbalaron por la costa hasta tocar el mar mientras que el viento tembló por el alma que se quebraba.

Curiosos por aquel dolor, tanto Mar como Viento se acercaron a ella y se vieron causantes del corazón encogido. Comprendiendo que, al igual que nadie les pudo ver aquella noche, ellos no pudieron ver al inocente pescador que navegaba a la deriva sin las estrellas sobre su cabeza. Inmediatamente, y apremiados por el llanto de la mujer, comenzaron a buscar. Viento barrió toda la superficie del mar veloz como un suspiro de amor mientras que Mar registró el fondo preguntando a todos y cada uno de los animales que allí habitaban. Si el mundo hubiera tenido fin, ellos lo habrían saltado para llegar al otro lado, tal era su arrepentimiento.

Sin embargo, nada pudieron hacer, y el cuerpo del joven y fuerte, del apuesto y voluntarioso, desapareció por siempre. Pero no ocurrió así con su barco. Lograron encontrarlo embarrancado en una pequeña isla con una única palmera en ella. Cayendo a sus pies los dátiles que arrancaba un colorido loro que parecía el único habitante de la misma.

Ignorando al loro y con la majestuosidad que tan solo pueden tener el mar y el viento, arrastraron con suavidad y sin dañar al barco a lo largo de las millas que lo separaban de las lágrimas. A su viaje se unieron gaviotas, albatros y algún orgulloso

pelicano que les acompañaron hasta que arribaron junto a la mujer que todavía lloraba amargada.

Cuando las velas del barco se dibujaron contra el horizonte, sin embargo, dejó de llorar poniéndose en pie mientras depositaban el barco suavemente en el muelle.

La mujer, siempre en silencio, caminó como si en cada pie tuviera atados mil plomos sobre la madera del muelle, siendo esta la que gemía a cada paso. Las aves la observaron desde distintos lugares del barco mientras sus manos temblorosas acariciaban con la punta de los dedos la madera todavía empapada por el mar. Cruzó la cubierta hasta que llegó al diminuto castillo donde su marido había luchado contra la fuerza de las aguas y del viento y donde sus manos se habían aferrado con la fuerza que solo el amor por su mujer podría darle. Y donde se le arrebató el derecho y el alivio de volver a abrazarla.

Las curiosas gaviotas, los nómadas albatros y el orgulloso pelicano, giraron la cabeza, cediéndole intimidad, cuando la mujer tomó el timón con ambas manos recordando a su marido. Nadie se atrevió a mirarle cuando las lágrimas rodaron por sus jóvenes mejillas convirtiéndolas en arrugadas, sus ojos palidieron por el amargor de sus corazón y lo mismo ocurrió con su cabello antes negro como el tizón.

Finalmente, y conteniendo un último sollozo que guardaría para ella, liberó el barco del abrazo del muelle lanzándose al mar.

Las mujeres que la observaron alejarse pensaban que tan solo buscaba una muerte igual a la de su marido, pues con él había perdido toda razón para esperar. Pero lo que ellas no sabían era que, aunque cierto era que ya no tenía razón para esperar, tampoco tenía razón para desear la muerte. Su vida se había convertido en la de su

marido y suya era la responsabilidad de cuidar de los habitantes de la aldea como su marido había hecho con ella.

De esta forma desapareció la antes joven mujer y así se olvidaron de la anciana que se perdió con el barco de su marido aguas adentro.

Sin embargo esta mujer no se fue para siempre, sino que volvió en repetidas ocasiones. Nunca con certeza, los marinos contaban leyendas sobre la bruja que navegaba sobre la espuma antes de la tormenta con un lucero en la proa. Careciendo de forma física, su silueta se desdibujaba una y otra vez con la espuma que bailaba sobre ella y, era tal el respeto que aquella silueta acompañada de la estrella de su proa inspiraba, obligaba a los marinos rezagados a volver a la costa por muy apremiante que fuera su pesca.

*“Y este es el origen de la bruja de la espuma.”*, pensó que concluiría nuestra abuela frente a sus nietos. Sí, así lo haría aquel día y la fugaz sonrisa de satisfacción en su rostro fue sustituida por una mirada perdida que bajó de nuevo a los pescados que tenía a sus pies.

El oleaje había amainado poco a poco y el barco ahora se balanceaba suavemente mientras que el mar era poco más que una alfombra azul salpicada aquí y allá con pequeños parches de espuma. Tanta era la tranquilidad que su hijo afianzó el timón con una gastada correa de cuero y se sentó junto a ella al tiempo que le volvía a poner la capucha del chubasquero azul sobre la cabeza. La mujer le dedicó una sonrisa mientras seguía examinando la pesca y su hijo se limitó a darle un beso en la mejilla antes de ayudarle en su labor.

Mientras sus dos parejas de manos buscaban entre el pescado, la anciana mujer pensaba que siempre que pudiera ponerse de pie acompañaría a su hijo en sus salidas al mar. Pensó que no querría volver a quedarse en casa mientras alguien se batía con las olas y, sobre todo, pensaba que tal vez fuera ella la que algún día le contara a sus nietos que era ella la bruja de la espuma. Que era ella la que había perdido a su marido y la que se negaba a rendirse obligándose a salir con su hijo todos los días a seguir haciendo lo que había hecho todos los días durante años. Todos los días menos un infortunado día en el que perdió a un marido y en el que ganó un hijo.